

DE LA BUROCRACIA LIBERAL A LA IDEOLOGIA BUROCRATICA SAINT-SIMONIANA

Por ANGEL-MANUEL ABELLAN

1. LA CONCEPCION TEORICA DEL LIBERALISMO SOBRE LA BUROCRACIA

Lógicamente la concepción teórica sobre la burocracia en el liberalismo venía determinada por el contenido ideológico-social del propio liberalismo. Es sabido que este contenido se componía en lo fundamental, por un lado, de las leyes naturales de los antiguos fisiócratas económicos, traducidas sobre todo en el derecho individual a la propiedad como fuente de toda actividad económica, y por otro lado, de los presupuestos de la economía clásica formulados por Adam Smith, tales como el libre tráfico comercial, equilibrio de oferta y demanda, libre competencia y valor de la mercancía por el trabajo empleado en producirla. Desde luego, en este sentido liberal puede ser interpretada la Declaración de derechos del hombre y del ciudadano, al reconocer una zona de autonomía privada y una esfera de libre determinación de los ciudadanos en la que éstos operan movidos por intereses particulares.

En resumen, se proclamaban como principios liberales el de la autonomía de las relaciones privadas, el del «laissez-faire», y el de la armonía y bienestar automático. Resultaba, por tanto, sumamente lógico que el liberalismo abogara teóricamente por reducir al mínimo la intervención y acción de la burocracia, debiéndose limitar ésta a garantizar el orden público, la seguridad, la propiedad y la libertad de los hombres. Consecuentemente, también habría de tener la burocracia la obligación de despejar de obstáculos el libre desenvolvimiento del tráfico mercantil, dejando al ciudadano su libre búsqueda del interés particular, ya que de esta forma se lograría una sociedad armónica y con ella el bienestar general y, en fin, la libertad para todos (1).

(1) Respecto al contenido ideológico-social del liberalismo y los supuestos liberales que condicionaban la reducción al mínimo de la acción burocrática, cf. JÜRGEN

2. LA REALIDAD DEL DESARROLLO BUROCRÁTICO-ORGANIZATIVO

No obstante, minimizar el liberalismo el papel teórico de la burocracia, la realidad fue que ésta salió muy fortalecida con base a la estructura institucional originada en el proceso revolucionario (2). Es en este sentido en el que observó lúcidamente Tocqueville el proceso de centralización y concentración del poder de todo el aparato administrativo creado ya por la monarquía absoluta. Realmente para Tocqueville no hubo, después de la Revolución francesa, solución de continuidad respecto de la administración absolutista, puesto que aún se acentuó más la estructura rígida y centralista anterior (3). En cualquier caso hay que dejar constancia de que Tocqueville no fue un defensor de la burocracia, sino muy al contrario un autor representativo de la ideología liberal y democrática, que expuso los males de la excesiva intervención y centralización administrativa, las cuales según él, sofocaban la libertad individual y conducían al despotismo (4). Como remedio para paliar esos males apuntó, sobre la base de su famoso estudio relativo a la democracia en América, hacia el desarrollo de las libertades locales y de las asociaciones libres de ciudadanos (5).

Ahora bien, volviendo a la incontrovertible evidencia de la progresiva burocratización en la época liberal, la pregunta que nos interesa plantear es la siguiente. ¿Por qué y de qué forma creció y se extendió la burocratización en el ámbito estatal y en el ámbito privado?

A) En el ámbito estatal lo que sucedió es que había que aplicar los Códigos y las leyes liberales emanadas de Asambleas y Parlamentos y para

HABERMAS, *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, Hermann Luchterhand Verlag, Neuwied, 1962, págs. 88-93; HERMANN FINER, *Teoría y práctica del Gobierno Moderno*, Tecnos, Madrid, 1964, págs. 63-66; WOLFGANG ABENDROTH y KURT LENK, *Introducción a la Ciencia Política*, Anagrama, Barcelona, 1971, págs. 79-80.

(2) Para comprobar el fortalecimiento de la máquina administrativa en el liberalismo posrevolucionario, cf. FRIEDRICH A. HAYEK, *Los fundamentos de la libertad*, Unión Editorial, Madrid, 1975, pág. 220; ALEJANDRO NIETO GARCÍA, *La Burocracia. I: El pensamiento burocrático*, Instituto de Estudios Administrativos, Madrid, 1976, páginas 80-89.

(3) Cf. ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *El antiguo régimen y la revolución*, Guadarrama, Madrid, 1969, págs. 18, 63 y 93-108.

(4) Cf. ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *La Democracia en América*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, págs. 611-645.

(5) *Ibid.*, págs. 620 y 621. Sobre la centralización administrativa y los remedios para paliarla, en TOCQUEVILLE, puede verse, ALEJANDRO NIETO GARCÍA, *La Burocracia. I: El pensamiento burocrático*, cit., págs. 97-105.

esto se necesitaba un aparato burocrático más complejo que nunca. Había que poner en marcha el nuevo Estado administrativo burgués, y esto exigía una correlativa actuación de la burocracia y de los pujantes capitanes de la industria y del comercio, pues estaba claro que éstos no podían estar separados e independientes del Estado, sino que su gestión e intereses estaban por el contrario íntimamente relacionados con los sociales y estatales.

Se hicieron necesarias múltiples instituciones y reglamentos reguladores, preventivos y represivos, sobre todo en asuntos militares y de seguridad interna, así como una masa de oficinas gubernamentales que daban unidad de acción al conjunto de la vida social. También con las exigencias sociales de una mayor cultura y mejores condiciones sanitarias comenzaron a prodigarse medidas administrativas de todo género, incluso aquellas que fomentaban la ciencia y los experimentos y tendían a proporcionar al poder ejecutivo estadísticas e información. Piénsese igualmente en la organización de los servicios públicos de correos y comunicaciones.

Obviamente, la burocratización se reflejaba en el incesante incremento de funcionarios en la administración pública. Funcionarios que por su cuenta iban abandonando pronto la idea liberal de no intervención del Estado, al convencerse de que éste no era el camino más rápido para la industrialización (6). Por otro lado, no debemos pasar por alto, en este contexto de creciente burocratización estatal, el caso particular del Estado burocrático prusiano, que por medio de su específica casta funcional y a través de sucesivas reformas realizó una peculiar adaptación de las ideas liberales a la forma autoritaria de ese Estado (7).

En otro orden de ideas nos interesa dejar bien patente que si es cierto que el liberalismo y su burocracia se vinculaba a la norma legal general cuando se trataba de intervenir en la esfera de la propiedad y libertad individual (esto es, en la esfera de la propiedad y libertad capitalista burguesa), en las restantes actividades apenas se sujetaba a normas, conservando el elemento de dominio y poder autoritario procedente del absolutismo, sobre todo cuando ahogaba los movimientos sociales, propios del incipiente proletariado industrial y aseguraba coactivamente la disciplina laboral en las em-

(6) Cf. HENRY JACOBY, *La burocratización del mundo*, Siglo XXI, México, 1972, páginas 92-94; WOLFGANG ABENDROTH y KURT LENK, *Introducción a la Ciencia Política*, citada, págs. 219 y 220.

(7) En relación con la adaptación peculiar de las ideas liberales al Estado burocrático prusiano, cf. ALEJANDRO NIETO GARCÍA, *La Burocracia. I: El pensamiento burocrático*, cit., págs. 173-190; HERMANN FINER, *Teoría y práctica del Gobierno Moderno*, citada, págs. 888 y sigs.

presas privadas, garantizando de esta forma la estructura y eficacia de los mecanismos que producían la subordinación social (8).

Es claro así, cómo se compaginaba perfectamente el respeto de la burocracia liberal a la propiedad y libertad burguesa y su actuación en orden a lograr el buen desenvolvimiento de aquéllas. Sin embargo, y de este modo se desvelaba en el proceso liberal la falacia que significaba la promesa de libertad para todos los hombres y se ponía de manifiesto al mismo tiempo la oposición entre el interés de clase propietario-burgués y la creciente masa de desposeídos, patentizándose la actuación de la burocracia en su conjunto como instrumento primordial del estado en favor de una determinada ideología, la ideología liberal de la clase social burguesa.

B) En el ámbito privado la burocratización creció paralelamente al ámbito estatal. La industrialización de principios del siglo XIX, primero en Inglaterra y luego en el Continente, hizo que el motor de la vida económica se centrara en adelante en la producción masiva de máquinas y mercancías para su venta y consiguiente obtención de beneficios. Así nacieron grandes fábricas, se ampliaron las empresas y en conjunto esa producción se concentró en manos de sociedades de capital. También se acentuó la competencia entre empresas y se abrieron nuevos mercados para los productos.

En esta situación se comprende que surgieran problemas de organización y resultara irremediable una mayor burocratización. Fue necesaria una precisa regularidad y calculabilidad de la producción y de las posibilidades de venta, lo que llevaba consigo procedimientos racionalizados en los métodos de trabajo y una administración perfectamente reglamentada de los recursos y del capital (9). Puede afirmarse que en lo sucesivo se seguirían incondicionalmente los principios racionales que han de guiar siempre los negocios, sean de organización comercial, de técnica de producción o de contabilidad (10).

Además y conforme la empresa era suficientemente grande se separaba el empresario titular del administrador o gerente y resultaba necesario un aparato técnico y otro comercial, amén del aparato administrativo que adquiriría cada vez mayor relevancia. Al mismo tiempo se iba introduciendo una rígida jerarquización en los cuadros de la empresa con la consiguiente aparición de estratos burocráticos, los cuales equivalían en la práctica a los correspondientes estratos de la esfera político-estatal (11).

(8) Cf. WOLFGANG ABENDROTH y KURT LENK, *Introducción a la ciencia Política*, citada, págs. 218 y 219.

(9) Cf. HENRY JACOBY, *La burocratización del mundo*, cit., pág. 105.

(10) Cf. WERNER SOMBART: *El burgués*, Alianza, Madrid, 1972, pág. 188.

(11) Cf. el trabajo de HERBERT SULTAN (referido a los extraordinarios análisis de

Esta fue, aproximadamente, la línea del proceso burocratizador de la primera época liberal en la que todavía el empresario era responsable y autónomo dentro de una economía libre. Después la unión de empresas y la formación de cárteles, trust y monopolios, desplazó a ese empresario libre y trajo consigo una planificación total y una dirección colectiva que acentuaba todavía más la burocratización privada.

3. LA INTERPRETACION SAINT-SIMONIANA DE LA REALIDAD BUROCRATICA LIBERAL

Como comprobaremos seguidamente no cabe duda alguna de que la doctrina saint-simoniana formuló conceptos que en buena medida intentaron encauzar y dar sentido al paradójico incremento burocratizador experimentado en el liberalismo. Por eso es realmente paradigmática la referencia a esta significativa doctrina, que aún aparecida en los primeros tiempos del liberalismo y fundamentándose en el pensamiento de libertad proveniente de la Revolución, rompió ya con la ortodoxia clásica y trató de interpretar el naciente industrialismo y en general la organización social con arreglo a nuevos principios.

Incluso antes de que Saint-Simon formulara sus ideas había ya alguna denuncia de la economía clásica liberal de Ricardo y J. B. Say, parecida quizá en ciertos aspectos al saint-simonismo. Ejemplo de denuncia es la hecha por Sismondi, quien atacaba la libre concurrencia y la concentración capitalista, toda vez que éstas, según él, no hacían más que agravar la miseria y la falta de trabajo de los obreros. Para remediarlo Sismondi propugnaba la implantación de leyes por el Estado con objeto de regular la distribución de la riqueza de acuerdo con el interés general. Hasta abogaba por una dirección a cargo de jefes industriales, comerciantes, administradores e intelectuales burgueses. Sin embargo, sus soluciones apenas guardaban relación con problemas de organización o burocracia, aparte de que en realidad no eran tales soluciones, por demasiado estrechas y tradicionales, ya que sus preferencias no iban en favor del capitalismo industrial en gran escala, sino de los pequeños empresarios y campesinos propietarios (12).

Otto Heinrich Gablentz sobre el desarrollo de la empresa), «Bürokratie und politische Machtbildung», en *Bürokratischer Verwaltungsstaat un soziale Demokratie* (HERBERT SULTAN y WOLFGANG ABENDROTH), Norddeutsche Verlangsanstalt O. Goedel, Hannover und Frankfurt, 1955, págs. 18-31.

(12) Cf. G. D. H. COLE, *Historia del Pensamiento Socialista. I: Los precursores 1789-1850*, Fondo de Cultura Económica, México, 1974, págs. 87-92; DOMINIQUE DE-SANTI, *Los socialistas utópicos*, Anagrama, Barcelona, 1973, pág. 96.

De todas formas es la doctrina saint-simoniana la que verdaderamente representó un gran esfuerzo intelectual en busca de una concepción teórica sobre organización social y racional administrativa para dar un sentido científico al orden de producción y a los principios burocráticos de gobierno alcanzados en su día. En este sentido el saint-simonismo montó teóricamente una verdadera organización racional del trabajo y de la producción industrial, basada en una estricta jerarquía y en el mando de los peritos o expertos, lo que supuso, por un lado, una clara connotación de dominio burocrático en una sociedad industrial, y, por otro lado, desde nuestra perspectiva presente, un valioso antecedente y punto de arranque en materia organizativa, de actuales concepciones «ideológicas» sobre el dominio burocrático y tecnocrático en la desarrollada cultura industrial científico-técnica.

Para interpretar la organización social y llegar a dar soluciones Saint-Simon y los saint-simonianos intentaron encontrar un nuevo sistema unificador de todas las ciencias, y para obtener éste partían, a su vez, de su especial visión de la filosofía universal y de la Historia.

Según Saint-Simon, el desarrollo universal histórico era el siguiente. Existía un proceso cíclico histórico, compuesto por épocas alternativas de construcción y de destrucción, que equivalía a una dialéctica de ordenada y anárquica situación social. Más exactamente, eran épocas orgánicas y críticas.

Las épocas orgánicas se caracterizaban por su religiosidad y por la uniformidad que proporcionaba la aceptación de dogmas fundamentales por todos los miembros de la sociedad, lo que garantizaba la armonía de las relaciones sociales. En Occidente, que es el único que Saint-Simón tenía en cuenta, habían existido dos grandes épocas orgánicas: el mundo de la antigüedad clásica de la civilización grecorromana y el mundo medieval del cristianismo, representando la segunda época un indudable progreso respecto de la primera.

Las épocas críticas, por el contrario, se caracterizaban por su irreligiosidad, y faltaba en ellas la unidad y los dogmas fundamentales aceptados por todos. Había terminado la acción colectiva y la sociedad caía lentamente en un incomunicado ensamblamiento de individuos que luchaban unos contra otros. En opinión de Saint-Simón los siglos transcurridos desde la Reforma corresponderían claramente a una época crítica y destructiva. A su vez, en las épocas críticas se distinguirían dos períodos: el primero, en que se reunían las fuerzas colectivas para la eliminación del viejo orden, y el segundo, en que este viejo orden se desmoronaba y quedaba abierto el camino, en la dialéctica de teoría y praxis, para la construcción de un nuevo orden, de una nueva sociedad.

Precisamente era en este segundo período de la época crítica en el que

Saint-Simon y sus seguidores pensaban que se encontraban. Era el período de los primeros tiempos del liberalismo, del que tomaban su sentido negativo, es decir, su sentido del egoísmo y del *laissez faire* como determinantes de las relaciones de los hombres. Un período, en que pese a haberse proclamado pomposamente la libertad e igualdad de todos, no corregía la opresión sufrida por los menos favorecidos. Y esta situación la atribuían los saint-simonianos, fundamentalmente, a la constitución de la propiedad, que permitía a los ociosos propietarios, sin más títulos que sus derechos de conquista y herencia, determinar las relaciones sociales y las condiciones de producción.

Así introducían los saint-simonianos su principio de la evolución, basado principalmente en su creencia en el progreso. Y ello en cuanto que este principio les servía para entender el cambio de la época crítica en que se encontraban, a otra época definitivamente orgánica. Cambio que iría enmarcado en un proceso de creciente socialización, tanto cuantitativo, porque habría de ensanchar la unidad social en la comunidad universal, como cualitativo, porque habrían de transformarse las injustas relaciones de explotación hasta entonces existentes.

Ahora bien, admitido que era necesario un nuevo orden social. ¿Sobre qué sistema de valor debería fundarse éste? A Saint-Simon no le cupo duda; sobre una dirección espiritual que ya no respondía a los caducos dogmas cristianos sino a la universalidad del saber científico. En suma, se trataría de una nueva cristiandad basada en la «ciencia».

Serían, sin embargo, los principales discípulos de Saint-Simon, Bazard y Enfantin, quienes desarrollarían este pensamiento expresado por el Conde en su Nuevo Cristianismo. En realidad, para estos discípulos, Ciencia y Religión se condicionaban recíprocamente; en tanto que la Ciencia ayudaba a descubrir el plan de la providencia y apoyaba, ensanchaba y fortalecía el sentimiento religioso, la Religión dirigía el conocimiento científico y forzaría a éste en servicio del progreso. Esto es lo contrario del positivismo sostenido en la misma época por Augusto Comte, ya que este positivismo, en cuanto estilo de pensamiento científico, eliminaba todo sentimiento religioso o ilusión metafísica. De todas formas, bajo esa interrelación práctica de Ciencia y Religión, puede adivinarse perfectamente el carácter ideológico de la concepción saint-simoniana, pues al apoyar el progreso técnico al sentimiento religioso, lo que verdaderamente se defendía era un panteísmo materialista que divisaba el divino plan de Cristo en el cumplimiento y desarrollo de una cultura científico-industrial (13).

(13) Sobre la fundamentación de la doctrina saint-simoniana en la Filosofía Universal y de la Historia y su concepción de una nueva religiosidad en relación con la

En un sentido organizativo es precisamente esta relación entre Ciencia y Religión la que hizo adoptar a los saint-simonianos el patrón de las formas jerárquicas eclesiásticas como modelo social y unitario de organización. Siguiendo este procedimiento empotraron en su organización los tres ámbitos específicos y funcionales que distinguían para la sociedad de la definitiva época orgánica; el arte, la ciencia y la industria, correspondientes a tres capacidades humanas, el sentimiento, el entendimiento y la acción.

Conforme al principio jerárquico correspondía la primacía al arte, pues en éste radicaba la garantía de lo moral religioso, de modo que los artistas como «sacerdotes de la industria», junto con los sabios, colaborarían y aconsejarían a los industriales y financieros para dar a la sociedad una dirección clara en la esfera de los fines, y propagarían a todo el pueblo, por medio de un adecuado sistema de educación, una base común de valores de acuerdo con los progresos de «la Ilustración» (14). Por su parte, los industriales llevarían prácticamente la dirección de la nueva sociedad. Vendrían a ser los conocedores, los peritos, que planificarían la economía y dirigirían a los trabajadores pobres. En realidad los industriales estarían compuestos por los grandes industriales, sobre todo por los banqueros que proporcionarían créditos a la industria (15). A su vez, estos industriales compondrían, junto con los fabricantes, comerciantes y obreros asalariados, la clase que Saint-Simon llamaba productiva, en contraste con la clase ociosa formada por los antiguos privilegiados, rentistas, militares, etc., que no intervenían en la producción y el comercio (16). En este aspecto, lo que desde luego no

ciencia, cf. C. H. DE SAINT-SIMON, «Le Nouveau Christianisme», recogido en *Oeuvres choisies de C. H. de Saint-Simon précédées d'un essai sur sa doctrine*, Bruxelles, Fr. Van Meenen et Cie., Imprimeurs, 1859, tomo III, págs. 315-382. Tratan y comentan esta cuestión, WOLFGANG SCHLUCHTER, *Aspekte bürokratischer Herrschaft*, Paul List Verlag K. G., München, 1972, págs. 23-28; SÉBASTIEN CHARLÉTY, *Historia del Sansimonismo*, Alianza, Madrid, 1969, págs. 58-69; GEORGE LICHTHEIM, *Los orígenes del socialismo*, Anagrama, Barcelona, 1970, págs. 54-60; G. D. H. COLE, *Historia del Pensamiento Socialista. I: Los precursores 1789-1850*, cit., págs. 46-51.

(14) Cf. C. H. DE SAINT-SIMON, «L'Organisateur (Premier Extrait) y (Deuxième extrait)», en *Oeuvres choisies de C. H. de Saint-Simon précédées d'un essai sur sa doctrine*, cit., tomo II, págs. 363-391. Sobre el modelo de organización saint-simoniano, confróntese WOLFGANG SCHLUCHTER, *Aspekte bürokratischer Herrschaft*, cit., páginas 30 y 31.

(15) Cf. C. H. DE SAINT-SIMON, «Catéchisme des Industriels, Premier Cahier», en *Oeuvres choisies de C. H. de Saint-Simon précédées d'un essai sur sa doctrine*, cit., tomo III, págs. 65-118. Pueden verse interpretación y comentarios, en WOLFGANG SCHLUCHTER, *Aspekte bürokratischer Herrschaft*, cit., págs. 29 y 30; G. D. H. COLE, *Historia del Pensamiento Socialista. I: Los precursores 1789-1850*, cit., págs. 49 y 50.

(16) Cf. C. H. DE SAINT-SIMON, «Lettres de Henri de Saint-Simon a messieurs les jurés», en *Oeuvres choisies de C. H. de Saint-Simon précédées d'un essai sur sa doc-*

podríamos buscar en la concepción saint-simoniana sería alguna indicación de posible antagonismo entre capitalistas y obreros (17).

En orden a la mejor comprensión de todo esto conviene tener presente que para la filosofía saint-simoniana la fuerza del progreso humano y del avance histórico sería el resultado de los grandes descubrimientos científicos y no de «las fuerzas de producción», como sostendría Marx posteriormente (18). Por eso, a nivel de conceptos políticos generales, no podríamos considerar en absoluto democrática esta concepción, ya que desconfiaba del gobierno del pueblo y de todo procedimiento representativo. En realidad, como hemos visto, su preconizada dirección de la sociedad por los industriales significaba más bien la creencia en la virtud de las élites y en el gobierno del saber científico, en una palabra, significaba la creencia en el dominio de los peritos sobre los no peritos (19). Y ello, aunque fuera con objeto de promover el bienestar general, sobre todo de los trabajadores más pobres (20), no era democrático.

En cualquier caso los saint-simonianos entendían que, con la aplicación del saber objetivo por los peritos, se habrían de romper las cadenas de la

irine, cit., tomo II, págs. 395-405. En esta obra se inserta la «première livraison» de «L'Organisateur» donde se encuentra la famosa parábola saint-simoniana sobre la clase ociosa en Francia en contraposición a la clase que representa las ciencias, las bellas artes y la industria. Dice Saint-Simon: «supongamos que Francia pierde, en un momento dado sus cincuenta primeros físicos, sus cincuenta primeros químicos, sus cincuenta primeros fisiólogos» y así continúa «... y otros centenares de personas de diversas y no especificadas condiciones, muy diestras en las ciencias en las bellas artes y en los diferentes oficios, hasta llegar a totalizar los tres mil primeros sabios, artistas y artesanos de Francia», ellos que son la «flor y nata de la sociedad francesa», entonces la «nación quedaría convertida en un cuerpo sin alma»; en cambio, si Francia perdiera al rey, los príncipes y 30.000 de los individuos reputados como los más importantes del Estado, «Francia no sufriría ningún daño político». Sobre la clase productiva y ociosa en Saint-Simon, véanse FEDERICO ENGELS, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Ricardo Aguilera, Madrid, 1968, pág. 46; GEORGE LICHTHEIM, *Los orígenes del socialismo*, cit., págs. 49-52; SALVADOR GINER, *Historia del pensamiento social*, Ariel, Barcelona, 1967, págs. 416 y 417; ALEJANDRO NIETO GARCÍA, *La Burocracia. I: El pensamiento burocrático*, cit., págs. 89-91.

(17) Cf. G. D. H. COLE, *Historia del Pensamiento Socialista. I: Los precursores 1789-1850*, cit., pág. 53.

(18) *Ibid.*, págs. 56 y 68.

(19) Que Saint-Simon no es un demócrata, que cree en la virtud de las élites y que es un precursor de los que defienden el gobierno de los técnicos, es la indudable opinión del conocido historiador de las ideas políticas, JEAN TOUCHARD, en *Historia de las ideas políticas*, Tecnos, Madrid, 1969, pág. 430.

(20) Cf. FEDERICO ENGELS, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, cit., página 46.

antigua opresión y aparecería un nuevo orden del trabajo, basado en la organización planificada de la economía y enfocado a la producción en beneficio del interés general. De esta forma la política quedaría supeditada a la economía, a la organización y a la producción, y los políticos, a su vez, quedarían supeditados a los expertos y organizadores industriales. Por su parte, éstos, con su conocimiento científico de la naturaleza y del bien de los hombres, estarían capacitados para trazar y realizar metas obligatorias para todos. Metas que serían aceptadas, en general, sin poder ni coacción alguna, más aún, serían aceptadas con voluntario consentimiento, por entenderlas propias de un orden legítimo y razonable.

Ocurriría así, que el gobierno, dirigido por los peritos o expertos, consistiría, más bien, en la aplicación de la legislación objetiva, en la explotación comunitaria de la naturaleza, quedando reducida la tarea del gobierno, entendida en sentido tradicional, a la protección de la tranquilidad pública. Las antiguas tareas del gobierno, como dominio represivo sobre personas, habrían quedado diluidas en favor de la administración recta y objetiva de las cosas y en la dirección de los procesos de producción por los expertos (21).

Fue en cierto modo natural que, en las primeras décadas del siglo XIX, altos industriales, banqueros, jefes de empresa e ingenieros, para quienes la religión, la filosofía liberal y los derechos del individuo tenían ya un poder limitado, acogieran favorablemente la doctrina e ideología saint-simoniana, que tan bien se adaptaba a los nacientes problemas de la industrialización, modernización y organización de empresa. Así, bajo el impulso de banqueros e ingenieros saint-simonianos como Olinde Rodríguez, Prosper Enfantin y Michel Chevalier, se desarrollaron grandes proyectos de obras públicas, sobre todo en relación con las comunicaciones: construcción de vías férreas y apertura de canales. El canal de Suez fue realizado por un antiguo saint-simoniano, Ferdinand de Lesseps. En el campo organizativo y administrativos estos saint-simonianos dirigirían las compañías de ferrocarriles,

(21) En torno a las ideas saint-simonianas sobre la reducción de la política a la ciencia de la producción y la transformación del gobierno sobre hombres en administración de cosas, *Ibid.*, pág. 47. Pueden verse también, WOLFGANG SCHLUCHTER, *Aspekte bürokratischer Herrschaft*, cit., págs. 20-22 y 30; EMILE DURKHEIM, *Le socialisme, sa définition, ses débuts: la doctrine saint-simonienne*, Presses Universitaires de France, París, 1971, págs. 156-196; GEORGES GURVITCH, *Los fundadores franceses de la sociología contemporánea: Saint-Simon y Proudhon*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1970, páginas 53-65; ALEJANDRO NIETO GARCÍA, *La Burocracia. I: El pensamiento burocrático*, citada, págs. 91 y 92; G. D. H. COLE, *Historia del Pensamiento Socialista. I: Los precursores 1789-1850*, cit., pág. 56; GEORGES LEFRANC, *Historia de las doctrinas sociales en la Europa contemporánea*, Ariel, Barcelona, 1964, págs. 47 y 53; JEAN TOUCHARD, *Historia de las ideas políticas*, cit., págs. 429 y 430.

fundarían cajas de jubilación y de socorros mutuos y organizarían el crédito. Y algún otro, como Hippolyte Lazare-Carnot, siendo ministro de Instrucción Pública y de Cultos en la República de 1848, crearía la Escuela de Administración (22).

Los saint-simonianos fueron realmente los primeros que atisbaron lo que en nuestros días se llama «la revolución de la empresa», exaltando la autoridad, el trabajo y la planificación económica, burocráticamente centralizada. Como dice G. D. H. Cole, en relación con la organización de las empresas industriales, «pensaban en equipos de técnicos que darían empleo a obreros, y éstos participarían en las ganancias de las distintas empresas, y pensaban también en el nombramiento y dirección superior de estos técnicos por alguna especie de autoridad planificadora que actuaría en nombre del gobierno, y que se formaría con industriales (técnicos de alto rango, banqueros, administradores de industria y expertos en economía) y no con políticos» (23). En todo caso, los saint-simonianos no querían libertad ni democracia sino su «orden», el orden social y pacífico de una organización industrial, científica, económica y centralizada que no necesitaba ya del poder político (24).

Es evidente de este modo que la concepción saint-simoniana fue el germen de nuestras actuales ideas sobre la tecnocracia. Ciertamente que esa doctrina luchaba contra los residuos feudales de la Francia posrevolucionaria y criticaba el dominio basado en el origen y legitimado por la tradición, pero en su lugar introducía el dominio de los expertos seleccionados por sí mismos, por el hecho de su capacidad y competencia superior, y además estructuraba todo el proceso productivo en una cerrada escala jerárquica, con lo que no se daba ninguna posibilidad de expresión al interés individual del profano, eliminaba toda forma de pluralismo y negaba al fin la democrática herencia de la Revolución. Junto a todo esto, y precisamente por su construcción de un orden autoritario de dominio, la doctrina saint-simoniana radicalizó y unificó los mismos principios de la revolución industrial por los que luchó y no sería por eso casualidad que no diferenciara siquiera entre una perspectiva comunitaria y una organización interna.

Desde la perspectiva de nuestros días, la concepción saint-simoniana ha

(22) En relación con los proyectos y realizaciones de ingenieros, industriales y banqueros saint-simonianos, cf. SÉBASTIAN CHARLÉTY, *Historia del Sansimonismo*, cit., páginas 281-305; DOMINIQUE DESANTI, *Los socialistas utópicos*, cit., págs. 128-135; G. D. H. COLE, *Historia del Pensamiento Socialista. I: Los precursores 1789-1850*, cit., páginas 58 y 59.

(23) *Ibid.*, pág. 65.

(24) *Ibid.*, pág. 64.

llegado a ser realmente una apología del industrialismo y de la radicalizada sociedad de producción, en la cual, toda planificación organizada y la división del trabajo son perfeccionadas desde puntos de vista funcionales y en la cual, cada uno recibe la posición correspondiente a su capacidad y la remuneración adecuada a su producción, pensando con todo ello que así son garantizadas la igualdad y la felicidad humanas.

Por otra parte y con referencia a una teórica relación de poder político y capital, podemos determinar también que las ideas propugnadas por el saint-simonismo corresponden a lo que hoy entendemos por tecnocracia, puesto que defendían que el poder había de ser para quienes producen y contribuyen con su trabajo (aunque también con su capital y sus capacidades) al progreso social. Por descontado, que aunque el saint-simonismo excluía la validez de la herencia, dejaba la oportunidad abierta para grandes ganancias a los productores dirigentes y esto no cabe duda que atraía a ingenieros, banqueros, fabricantes y empresarios en apoyo de sus ideas, y contribuiría posteriormente al desarrollo económico e industrial del capitalismo. Ni que decir tiene que estos principios se adaptan bien a los de los actuales tecnócratas, que ven como en el gobierno, el poder de la ciencia y del conocimiento se aúna a todos los niveles a la autoridad del capital.

Observemos finalmente, que no es tanto que el saint-simonismo haya elaborado durante el liberalismo una simple opción política sobre organización burocrática, sino que sus principios sobre una forma de dominio y orden jerárquico objetivo, fin racional de la producción y fin del gobierno de hombres sobre hombres en favor de una administración de cosas, le caracteriza plenamente como una ideología precursora de la discusión actual sobre dominio burocrático y le hace conservar todavía una especial fascinación en la desarrollada cultura industrial científico-técnica de nuestros días (25).

(25) Pueden verse consideraciones sobre la doctrina saint-simoniana como precursora de las actuales ideas sobre la tecnocracia, el cientifismo y la burocratización de la sociedad industrial, en CARLOS MOYA, Prólogo a *El sistema industrial de H. de Saint-Simon*, Ediciones de la Revista de Trabajo, Madrid, 1975, págs. IX-XLIX; PIERRE ANSART, *Sociología de Saint-Simon*, Península, Barcelona, 1972, págs. 107-210; WOLFGANG SCHLUCHTER, *Aspekte bürokratischer Herrschaft*, cit., págs. 31-33; ANTONIO PORRAS NADALES, «Socialismo y sociedad industrial: Saint-Simon», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 4, Nueva época, julio-agosto 1978, Madrid, págs. 129-148; DIEGO URBAÑEJA, «Saint-Simon, la tecnología y la tecnocracia», en *Política*, núm. 3, Instituto de Estudios Políticos, Facultad de Derecho, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1974, págs. 93-111; G. D. H. COLE, *Historia del Pensamiento Socialista. I: Los precursores 1789-1850*, cit., págs. 56 y 63; DOMINIQUE DESANTI, *Los socialistas utópicos*, cit., página 12.